
Martí y Nuestra América

Una introducción necesaria

ARMANDO CHAGUACEDA NORIEGA

Politólogo, historiador y pedagogo cubano
de la Cátedra Haydeé Santamaría.

José Julián Martí y Pérez (1853-1895), héroe Nacional y Apóstol del panteón patriótico cubano, resulta una síntesis formidable de lo más avanzado de su tiempo y contexto. Político, jurista, periodista, filósofo, ensayista, poeta, masón, pensador liberal, demócrata y republicano, Martí es, para muchos autores, la máxima expresión del modernismo, el antiimperialismo y el latinoamericanismo durante la segunda mitad del siglo XIX.

Su actividad política comienza en fecha temprana. A diferencia de sus hermanas hispanoamericanas (y de la precursora y heroica Haití) la isla de Cuba ve iniciada su gesta independentista, de forma tardía y brutal, el 10 de octubre de 1868. Meses después, con sólo 16 años, Martí es apresado al asumir valientemente la autoría de una carta acusatoria, dirigida a un compañero alistado en las tropas coloniales españolas. La dureza de la cárcel lacera la frágil salud del adolescente, cuya pena es conmutada por destierro, saliendo el 15 de enero de 1871 rumbo a España. En esta etapa el independentismo y el antirracismo forman parte de su germinal pensamiento político.

Durante su estancia en la metrópolis, desde enero de 1871 a octubre de 1874, José Martí obtiene con máximas calificaciones los títulos de Bachiller y Licenciado en Derecho y la Licenciatura en Filosofía y Letras. Asimismo, publica *El presidio político en Cuba* en la que denuncia la represión española en la isla, y *La República Española ante la Revolución Cubana*, donde critica el doble rasero del liberalismo hispano, renuente a admitir la independencia de la "Siempre fiel isla de Cuba".

A fines de 1874 Martí viaja a varias ciudades europeas, entre ellas París, donde se codea con artistas de la talla de Víctor Hugo, se pone al corriente de las corrientes literarias y pictóricas del momento y atisba las convulsiones sociales y nacionalistas que sacudían a Europa. Lo cual le serviría, junto a la experiencia estadounidense, para ponderar el papel emancipador de la clase trabajadora dentro

del proyecto pluriclasista de república democrática “con todos y para el bien de todos” que posteriormente buscaría impulsar desde la Revolución Cubana.

De 1875 a 1878 el joven cubano reside en México y Guatemala, lo cual le permite conocer las realidades profundas y ancestrales de la América indígena, desarrollar el periodismo y la docencia en los campos de la literatura e historia de la filosofía. En tierras aztecas, Martí conoce a la cubana Carmen Zayas Bazán, futura esposa y madre de su hijo José Francisco, quien participaría, fiel al ejemplo de su padre, como combatiente en la Guerra Independentista desatada en 1895.

El héroe retorna temporalmente a Cuba de 1878 a 1879 siendo nuevamente deportado a España por sus arengas políticas. En 1881 se establece en Nueva York, donde comienza a planificar y organizar la independencia de Cuba y Puerto Rico mediante los Clubes Revolucionarios de emigrados cubanos, cantera de donde emergería el Partido Revolucionario Cubano (PRC), fundado el 10 de abril de 1892, en Cayo Hueso, Florida.

En esta etapa su formación cultural y política se radicaliza y expande, lo cual le permite trascender el independentismo para estructurar un pensamiento latinoamericanista y antiimperialista, al atisbar las amenazas de expansión territorial y los rasgos plutocráticos de la política doméstica de la nación norteamericana.

Como columnista de la prensa neoyorquina, Martí comienza en 1881 una célebre serie de crónicas, las *Escenas norteamericanas*, que retratan la realidad social y política estadounidense, ampliamente difundidas por diarios como *La América* (de Nueva York), *La Opinión Nacional* (de Caracas), *El Partido Liberal* (de México) y *La Nación* (de Buenos Aires). Durante esos años fue asimismo corresponsal de diversos periódicos latinoamericanos como *La República* (de Honduras) y *La Opinión Pública* (de Montevideo).

En 1887 funge como cónsul de Uruguay en Nueva York. En 1890 se hace cargo de los consulados argentino y paraguayo. Ese mismo año representa a Uruguay en la Comisión Monetaria Internacional Americana de Washington. Presiones de las autoridades españolas y la impronta organizativa de la gesta insurreccional, le obligan a renunciar en 1891 a todos sus cargos y a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana.

De 1892 a 1894 desarrolla una cercana relación con Antonio Maceo y Máximo Gómez, jefes de la Primera Guerra de Independencia (1868-1878), fortalecida mediante entrevistas y por medio de una copiosa correspondencia. En el marco de sus preparativos revolucionarios realiza numerosas giras y conferencias por Estados Unidos, República Dominicana, Costa Rica, Panamá, Jamaica, y México. Retorna a Cuba poco después de estallada la Guerra Necesaria, cayendo en el campo de batalla de Dos Ríos, en el Oriente cubano, el 9 de mayo de 1895.

La hora de Nuestra América

La obra que a continuación presentamos, el ensayo *Nuestra América*, fue publicada en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, el 10 de enero de 1891 y en *El Partido Liberal*, de México, el 30 de enero de 1891. Se trata de un texto de prosa depurada, sintética capacidad explicativa y clara implicación política. Una obra que combina elegancia estilística y beligerancia acusatoria.

A partir de un paseo por los rasgos identitarios que constituyen el mestizaje de la realidad hispanoamericana, Martí denuncia los perversos efectos del provincianismo, la adoración desmedida por lo extranjero y la copia mecánica de leyes e instituciones foráneas, alejadas de las realidades del subcontinente. Señala la pervivencia de rasgos monárquicos y autoritarios en las jóvenes Repúblicas nacidas tras la gesta independentista, cuyo Bicentenario conmemoramos. Y denuncia los afanes expansionistas de la joven potencia norteamericana, matriz de aquel voraz capitalismo monopolista criticado en sus crónicas de la prensa neoyorkina, con las que se anticipa en un cuarto de siglo a la aparición de *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, de Vladimir Ilich Lenin.

El contexto geopolítico internacional, con la expansión acelerada de las potencias avaladas por los acuerdos de la Conferencia de Berlín de 1885, entraría en una nueva fase histórica. En el parteaguas de los siglos XIX y XX, las guerras Chino-Japonesa, Hispano-Cubano-Norteamericana, Anglo-Boer, serían episodios de esta nueva zaga colonialista motivada por la necesidad de materias primas, enclaves estratégicos y mercados para la exportación de manufacturas y capitales. En nuestro continente, la penetración del capital estadounidense en la agroindustria azucarera y bananera, el transporte y las comunicaciones, unido a la incursión en regiones estratégicas como el Istmo de Panamá, las islas del Caribe y el Golfo de México, configuraba una nueva hegemonía regional, que paulatinamente desplazaría a la británica. Por ello los contenidos antiimperialistas y latinoamericanistas del ensayo adquieren en 1891 un valor premonitorio, que la política estadounidense se encargaría de avalar trágicamente.

En el presente, cuando el proyecto de una integración no subordinada de los Estados y pueblos latinoamericanos cobra renovada actualidad, ante una crisis global que desnuda las formas social y ambientalmente depredadoras del capitalismo transnacional y demuestra la inviabilidad de esquemas importados de crecimiento sin equidad ni soberanía, una lectura de *Nuestra América* parece pertinente. No para asimilar canónicamente las ideas martianas, pero sí para comprender las causas, viejas y profundas, de nuestros problemas comunes, elegir los aliados y estrategias orgánicos y creer en la factibilidad de derrotar el pesimismo desmovilizador, instalado tras décadas de neoliberalismo salvaje.